

Sergio Villalobos R.

Bolivia un vecino molesto

Centro de Investigaciones Históricas. Universidad San Sebastián, Santiago, 2017, 172 pp.
ISBN 978-956-7439-51-5

Bolivia un vecino molesto (2017) es una obra que busca establecer las bases históricas del conflicto entre Chile y Bolivia, desde la Colonia hasta nuestros días. Se trata de un trabajo de 172 páginas que comienza con un “Prólogo para entender la historia”. En él, se presenta el contexto político y el de las relaciones diplomáticas con el país altiplánico. A partir de ello, complementa su análisis reflexionando historiográficamente sobre la importancia de los procesos de larga y mediana duración, que en lugar de infinidad de hechos comunes traza las grandes corrientes.

En el primer capítulo, “El destino altiplánico”, Villalobos sostiene que desde la prehistoria, las culturas asociadas a Bolivia (tiawanacotas, quechua y aymara) tuvieron una vocación preferentemente altiplánica, pues se desarrollaron en torno al lago Titicaca que está a más de 3.800 metros (pág. 14). Así, estas culturas apenas dominaron el desierto, y mantuvieron un débil contacto con las agrupaciones trashumantes del litoral.

En el segundo capítulo, “La audiencia de Charcas”, analiza documentos hispánicos sobre el ordenamiento territorial y límites en el sector de Atacama, los cuales se destacaron por su ambigüedad (pág. 22). Sin embargo, algunos de ellos entregan ciertas precisiones como, por ejemplo, que Charcas se extendía hasta el océano Pacífico y la existencia de encomenderos chilenos en dicho territorio, como fue el caso del vecino de Santiago, Lope de Hinostroza, quien tuvo encomiendas en Atacama, en los valles de San Pedro y Chiuchiu. Villalobos afirma que se deben considerar estos antecedentes jurídicos, especialmente los títulos de encomiendas, ya que, según la reglamentación indiana, era una concesión territorial en los términos de una ciudad confirmada por el rey y el gobernador local, lo cual demuestra que Cobija y Atacama dependían de Chile (págs. 26-27). En los capítulos tercero y cuarto “Diverso valor de las pruebas” y “Órdenes, contraórdenes y superposición de jurisdicciones al concluir la colonia”, Villalobos advierte que las memorias personales, relatos de viajeros y cartas impresas en el extranjero tienen una importancia menor y deben ser consideradas con cautela a la hora de establecer un juicio en torno a los límites entre Chile, Bolivia y Perú (pág. 29). Además, analiza la jurisdicción virreinal y otros elementos que demuestran el desinterés histórico de la Audiencia de Charcas por los territorios en cuestión (pág. 33).

En el capítulo quinto, “La caleta de Cobija”, se refiere al desamparo y pobreza que predominaba en dicho asentamiento, el cual estaba ligado “de alguna manera” a aquella Audiencia (pág. 41), como se puede apreciar en los documentos del último siglo colonial que el autor utilizó. En el capítulo “Fundación de Bolivia”, resalta el permanente desinterés manifestado por la Audiencia de Charcas hacia la pequeña caleta, la cual se mantuvo en una condición de abandono durante todo el proceso independentista del país altiplánico, proyectándola incluso hasta su periodo republicano. Frente a este desamparo, algunos chilenos, que recibían víveres y enseres desde el puerto de Valparaíso, mantuvieron con vida y sostuvieron a Cobija (pág. 50).

En las relaciones bilaterales decimonónicas entre Chile y Bolivia, el capítulo séptimo, “Guerra de la Confederación Perúboliviana”, presenta un análisis de los primeros encuentros molestos en contra de Chile. Para ello, considera las actitudes de los líderes de la joven

nación altiplánica y también la postura política peruana en dicho periodo. Además, agrega en su análisis los problemas internos que afectaron a la sociedad boliviana en el capítulo del mismo nombre. En él destaca aspectos como la pobreza indígena, la favorable posición económica de la Iglesia católica, los hacendados (pág. 67), y la tendencia de las masas populares a la sublevación (págs. 70-71).

En el capítulo “Gobiernos y gobernantes”, prosigue su análisis centrándose en la política decimonónica de dicho país, donde hace hincapié en la mentalidad irreal, ignorante y tiránica de sus líderes (págs. 78-79-80). Siguiendo con las características de la política altiplánica, destaca el papel que tuvieron en ella figuras como Mariano Melgarejo e Hilarión Daza, dando cuenta de ello en el capítulo “Melgarejo y Daza”. Considerando las apreciaciones del historiador Alcides Arguedas, describe la supina ignorancia de estos dos gobernantes (pág. 83) y asegura que, en el caso de Melgarejo, se trataría de una “anomalía mental” (pág. 85).

Dejando de lado a los gobernantes altiplánicos, Villalobos retoma el análisis de la sociedad boliviana en el capítulo “Balance histórico”. En esta sección, analiza el testimonio del dictador boliviano Isidoro Belzú, quien calificaba al pueblo boliviano como proclive a la revolución; tendencia que lo llevaba a la ruina (pág. 93).

En el capítulo siguiente, “El atraso de Bolivia”, el historiador analiza la evolución económica boliviana y la compara con la de Chile, estableciendo que la superioridad económica de nuestro país se debió a la conectividad y al desarrollo de la actividad comercial ligada al ferrocarril (pág. 99).

En el capítulo decimotercero, “Guano y soberanía”, el historiador establece el inicio de las hostilidades entre ambos países. Afirma que, aunque Chile aceptaba que Cobija perteneciera a Bolivia “por costumbre” (pág. 100), ello no le impedía explotar el guano hasta el paralelo 23° de latitud sur; asunto que alarmó a las autoridades bolivianas, quienes incluso incitaron a Perú a tener intenciones bélicas contra Chile (págs. 100-101).

El capítulo “Tratado de límites entre Chile y Bolivia. 1866” explica el ambiente de relativa calma que predominó durante ese año. Ambos países manifestaron su disposición a dejar de lado sus diferencias, debido a la inquietud que les provocó el tránsito de navíos de guerra hispanos por las costas del Pacífico. Esta situación, además de propiciar una recepción cordial al ministro chileno, Aniceto Vergara, por parte del presidente Mariano Melgarejo (pág. 105), permitió firmar un tratado, en el cual se estableció que Chile cedía territorio a Bolivia en Atacama, a cambio de que le permitiera a nuestro país explotar salitre entre los paralelos 23° y 25° de latitud sur (pág. 108).

En los capítulos “Quintín el aventurero” y “El Tratado Secreto contra Chile. 1873”, establece las señales de hostilidad que manifestaron Bolivia y Perú hacia Chile. Estos indicios se convirtieron en verdaderas intenciones bélicas, sobre todo por parte de Perú, asunto que el historiador comprueba analizando la sesión de la Cámara de Diputados limeña, correspondiente al mes de febrero de 1873, donde los legisladores decidieron pedir al ejecutivo pertrechos navales para la guerra (pág. 118).

En “El Tratado Chileno-boliviano de 1874”, Villalobos destaca la labor del ministro boliviano Mariano Baptista y del chileno, Walker Martínez, quienes contribuyeron al retorno de la diplomacia entre los dos países. Afirma que Chile tuvo verdaderas actitudes pacíficas, disposición que en el capítulo décimo octavo –“Un compás de espera”–, prueba a partir de las impresiones del ministro peruano Ignacio Noboa, quien en una carta enviada al canciller Riva Agüero en 1872 relataba el ambiente de tranquilidad que se vivía en Chile (pág. 129).

Los capítulos “Hacia el conflicto”, “Fracaso de la diplomacia”, “La guerra preparada por Perú y Bolivia” y la “Actitud del Perú” se sitúan en las relaciones entre los tres países, desde fines de la década de 1860 hasta el siguiente decenio. Destaca el autor la influencia de Perú en la política boliviana, nación que decidió aumentar los impuestos a la empresa Compañía de Salitres de Antofagasta, salitrera chilena, transgrediendo con ello el Tratado de 1874, que prohibía dicho aumento a cualquier persona, capital o negocio chileno por 25 años. Esta medida fue la que desencadenó el conflicto bélico (pág. 140). Enfatiza, además, aspectos económicos como las deudas bolivianas y el afán monopólico de Perú, los cuales propiciaron la guerra (pág. 139).

En el capítulo “La Guerra del Pacífico”, el autor explica brevemente la derrota de Bolivia, resaltando el total dominio de Chile sobre la costa del Pacífico, la que fue ratificada por el pacto de tregua firmado por ambos países en 1884. En él se estableció que Bolivia perdía todos sus territorios en el litoral.

Posteriormente, en el capítulo “Las negociaciones de 1895”, realiza algunas consideraciones sobre la reactivación de la diplomacia entre Perú y Chile, cuestión que no se logra materializar ese año debido a la fuerte incidencia de Argentina. Según Villalobos, el país trasandino consideraba que estas negociaciones le significarían conflictos limítrofes con Chile, pues nuestro país podría cuestionar los límites geográficos que tenía con Argentina en ese entonces. Recordemos que el país que mira al Atlántico había obtenido la Patagonia aprovechándose de la situación bélica, y también la Puna de Atacama en 1881 (pág. 158).

Siguiendo con el análisis de las implicancias de los acuerdos entre los dos países, Villalobos señala que el tratado de 1904, firmado entre Chile y Bolivia, tuvo una visión liberal modernizante, marcada por la accesibilidad portuaria de Bolivia a través de territorio chileno, y el progreso económico mutuo en la zona fronteriza (pág. 163).

Finalmente, en los capítulos “El apoyo internacional” y “El rumor del mar perdido”, el autor analiza las actitudes bolivianas durante el siglo XX, las cuales se caracterizaron por la discusión de los tratados previos y la hostilidad hacia Chile.

Villalobos considera que Bolivia posee una falsa creencia respecto a su retraso económico, pues la mediterraneidad no ha sido impedimento para el progreso y bienestar de una nación. En este sentido, las autoridades bolivianas se han detenido en discusiones exageradas y demagógicas, propias de una sociedad deficiente que vive en “condición de miseria” (págs. 170-171), y la cual busca responsabilizar a Chile de sus males.

El aporte que realiza el profesor Villalobos en su libro se caracteriza principalmente por el uso de las fuentes documentales coloniales y decimonónicas. Por otra parte, se destaca en su trabajo la consideración de algunos estudios bolivianos, como la *Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad (1809-1921)*, de Alcides Arguedas, escrita en 1922, a quien valora como uno de los historiadores bolivianos con mayor influencia (pág. 47).

Sobre lo anterior, y luego de establecer las bases etnohistóricas al principio de su obra, Villalobos analiza los documentos de la jurisdicción hispánica colonial, destacando los límites del Virreinato del Perú, la Gobernación de Chile y la Audiencia de Charcas. Se pueden mencionar, por ejemplo, la *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias* de 1681, o el análisis que realiza de las concesiones tempranas de tierras en lugares marginales, las cuales comprueban que desde el siglo XVI, vecinos de La Serena y más tarde de Copiapó obtuvieron tierras en los 24°35' de latitud sur, abarcando los sectores litorales, el desierto y las quebradas fluviales.

Siguiendo con el análisis de los límites coloniales entre Bolivia y Chile, Villalobos considera algunas disposiciones de la corona, como las *Reales ordenanzas... para el gobierno y manejo de la renta de Estafetas, correos y postas del reino del Perú y Chile* de fines del siglo XVIII. Además, se enfoca en las verdaderas intenciones de Bolivia sobre el territorio de Atacama hasta el litoral, tomando en cuenta la tradición colonial, así como las ideas de la ilustración dieciochesca tardía. En opinión del autor, esta tradición comprueba un vago interés de Bolivia por estos territorios, quedando Lima, Santiago e incluso Buenos Aires, como los verdaderos aspirantes a poseerlos. Así lo demuestran documentaciones como la *Carta esférica de las costas del reino de Chile* de 1790, que incluyó a Cobija y Mejillones dentro de la jurisdicción de Chile o el bando del virrey del Perú, Manuel de Guiorir, que en 1778 rechazó el interés del virreinato del Río de la Plata por poseer jurisdicción en la costa del Pacífico (págs. 34-35).

Así, hasta fines del siglo XVIII, hubo presencia chilena en Atacama, estableciéndose vínculos comerciales hasta Potosí, lo que fue reconocido por las autoridades indianas. Para estas afirmaciones, Villalobos se basa principalmente en la obra de Oscar Bermúdez en *Una compañía para el comercio de Chile con Charcas y Potosí en el siglo XVIII* del año 1962 (pág. 38).

Continuando sobre el hecho y el derecho en cuanto a la posesión del territorio, y las fuentes documentales que así lo avalan, el autor analiza el caso de Cobija, que a su juicio careció de importancia real, pues según él, Arica fue el puerto que sirvió como eje del comercio entre Lima y Potosí. Villalobos resalta los relatos de viajeros y navegantes franceses, quienes describieron Cobija a fines del siglo XVIII como inhóspita y empobrecida. No fue hasta el término de la Independencia de Bolivia, que algunos próceres como Simón Bolívar, en nombre de dicho naciente país, tuvieron intenciones reales de ocupar el litoral atacameño (pág. 47).

Villalobos continúa realizando un análisis que abarca desde la geografía al espíritu de los bolivianos, refiriéndose particularmente a la seguidilla de próceres, caudillos, mariscales y generales que desfilaron por el poder. Al respecto, hace suya las apreciaciones del historiador altiplánico Alcides Arguedas quien describe con desprecio la actitud bélica y vulgar del general Hilarión Daza (págs. 89-90). Así mismo, visibiliza controversiales figuras como el general Santa Cruz y Mariano Melgarejo entre otros, quienes provocaron un retraso generalizado del país altiplánico.

Por otra parte, *Bolivia un vecino molesto* presenta el estado actual por el cual atraviesan las relaciones entre Chile y Bolivia, particularmente el contexto sociopolítico que envuelve a las dos naciones, el cual estuvo marcado por la reclamación boliviana por una salida al mar, presentada en abril de 2013 a la Corte Internacional de Justicia en la Haya.

Al respecto, Villalobos menciona la labor de la comisión encargada de representar los intereses de Chile en dicha corte de justicia internacional, afirmando que los argumentos presentados han sido incipientes debido a la ausencia de especialistas en los temas prehispánicos o coloniales. Por esta razón, considera a dichos integrantes como “supuestos especialistas” (pág. 11), pues han prescindido de obras pretéritas fundamentales, que dan cuenta del pasado más remoto de Atacama.

A pesar del error que cometió la editorial al omitir una referencia a pie de página (pág. 54), que tiene que ver con los actos y ceremonias pomposas que hacían los gobernantes bolivianos para mantener entusiasmados al pueblo (págs. 53-54), Villalobos concluye su libro analizando las palabras del presidente boliviano Hernán Siles Suazo, quien en 1964

comentó que toda lucha boliviana para obtener una salida al mar es pueril, pues esconde una realidad de atraso económico y problemas de fondo (pág. 170); realidad que el historiador examina a lo largo de esta obra, pues son la explicación del porqué Bolivia ha sido un vecino molesto.

FELIPE ORELLANA ORTEGA
Universidad San Sebastián